medios industriosos de su encendido celo está presente áun allí en donde su presencia no es visible.

Subiendo con la mente á buscar el orígen del mal moral en el mundo, lo encontramos en la desobediencia á la potestad legítima. No fué otra cosa el primer alzamiento, que la rebelion de pretendidos derechos del hombre para rehusar la obediencia al precepto prohibitivo de Dios; ni fué otra cosa la redencion humana, que la reparacion de aquel desórden por medio de la obediencia. "Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de Cruz." Ahora bien, el fomes de la primera rebelion vivió siempre, es verdad, pero, como avergonzado de sí mismo y guardando un resto de pudor, no se declaraba abiertamente rebelde, sino buscaba paliativos á la rebelion suponiéndose siempre dentro de la obediencia; por otra parte, los levantamientos eran parciales; entraban en ellos porciones más ó ménos numerosas de hombres, pero no el *hombre colectivo*. Hoy éste, éste personifi-

cado en los poderes públicos civiles, es el levantado, diciendo: "el Estado no tiene Dios; el hombre es á sí mismo su propio soberano." Esto que dice en el lenguaje de la política, lo repite con más franca rudeza en el de sus escuelas denominadas filosóficas. "En religion, ateismo; en política, anarquía;" es decir, no hay sobre el hombre autoridad ni divina ni humana. ¡Hé aquí la doctrina!

La Iglesia Libertadora de ese necio hombre colectivo rodando á los abismos, se presenta á salvarle con la doctrina opuesta. Por un milagro visible, pues es preciso no tener ojos para no ver que en el estado actual del mundo la reunion del Concilio Vaticano fué milagrosa, se congrega allí á enseñar al hombre que no es independiente; que, siendo criatura, de Dios viene y á Dios va, y que, para no extraviar su camino, le ha puesto sobre la tierra un guia seguro, insusceptible de error, "el Papa infalible." Definido este dogma salvador, vengan ensayos de disolucion social, que ya los frus

trará la doctrina de cohesion enseñada por la Iglesia. Dijo muy bien el Sr. Cardenal Maning: "puede venirse el mundo abajo, que con el dogma de la infalibilidad tenemos de qué reconstruirlo.

Judío por la sangre el caritativo escritor que ocupó sus vigilias, su raro talento y su escogida erudicion en mostrar á las naciones cristianas los abismos en que se han precipitado y los medios de salir de ellos, justo era que despues de haber consagrado casi todas las páginas de su precioso libro á los extraños, no las cerrara sin dirigir á sus consanguíneos unas breves palabras de censura por sus extravíos y de dulce esperanza para un porvenir tal vez no lejano. Al efecto, penetra en el templo de Jerusalem, y contemplando la venerable figura de Simeon, exclama: "Salve, ó santo anciano, colocado en el límite de los tiempos antiguos y la aurora de los nuevos; último y primero; el último de la ley de Moisés y el primero de la gracia de Jesucristo; de vuestros labios que besaron las Tablas de la Ley y la carne del Mesías, de vuestros la-

bios desinteresados quiero aprender la última palabra sobre los inseparables destinos de Jesucristo y del pueblo judío." Esa palabra la pronunció el anciano, teniendo en sus brazos al Niño Jesus: *Ecce positus est hic in ruinam et resurrectionem*, y la aplica muy bien el escritor á sus hermanos israelitas, haciendo ver que Jesucristo ha sido su ruina en castigo del triple desprecio con que le trataron; desprecio de su reinado; desprecio de su sacrificio; desprecio de su resurreccion; porque en justas y formidables represalias, ni forman cuerpo de nacion y el reinado acabó tan en absoluto, que se ignora hoy por qué venas corre la sangre de David; ni tienen sacrificios, que se suspendieron á la destruccion de su templo; ni pueden esperar la resurreccion de su nacionalidad, miéntras dure su obstinacion en conservar el sello que pusieron sobre el sepulcro de Jesucristo.

Comienza ésta á ceder, segun lo persuaden los datos que presenta el autor como signos de resurreccion ya social, ya religio-

sa, del pueblo de Israel; pues por lo que hace á la primera, desde que se decretó en Francia á fines del siglo pasado y por iniciativa del santo rey Luis XVI la emancipacion de los judíos, para fundirse éstos en el cuerpo social de que entraban á formar parte, abandonaron las tradiciones y prácticas talmudistas, haciéndose la mayor parte de ellos indiferentes ó secuaces del racionalismo, es decir, incrédulos; pero perdiendo la especialidad de fisonomía que les distinguiera del resto de los hombres. Aprovechando asombrosamente ese pueblo su nueva situacion, no cuenta un siglo de emancipado, y ocupa ya lugar preeminente en la industria, en los ministerios, en las asambleas, en la prensa, en las ciencias, en las artes, en todo, y aquí ve el autor un estratagema del amor divino, que lleva á los judíos á tomar parte muy activa en el verdadero progreso que, bajo los auspicios de la Iglesia, prepara la Providencia al mundo.

Los signos de la conversion religiosa son todavía más visibles; de hace treinta años

que en un santuario de Roma se reveló la dulce Vírgen María al feliz judío Ratisbona, comenzó en el mundo de una manera lenta pero cierta la conversion de los judíos, de lo cual son muestra visible los progresos cada dia mayores que alcanzan en los Santos Lugares los Establecimientos católicos. ¿Qué signo más visible de ese tierno movimiento de conversion, que este libro salido de la pluma de un judío encendido en amor á Jesucristo Crucificado.

Contemplando el autor ese retorno de sus hermanos al Mesías, hace esta reflexion muy propia para infundir saludable temor en el corazon de todos los pueblos que fuimos un dia la gentilidad y somos hoy la cristiandad. "En la vida terrestre de Jesucristo, dice, hubo dos grandes dias de fiesta en que fué reconocido como Rey y como Mesías, dos grandes dias que deben repetirse en la vida de la Iglesia su Esposa; el de la Epifanía, que fué en cierta manera la *fiesta matutina* que hicieron á Jesucristo las naciones, y el de Ramos, que fué la

fiesta vespertina de la retardataria Jerusalem, el dia de las aclamaciones de Israel. Pues ved ahora que, despues de diez y nueve siglos de fidelidad, la gran fiesta de la Epifania está olvidada de las naciones y de sus gobiernos que han rechazado al Cristo y su Iglesia. Dejadme, pues, saludar en el anochecer de la vida de la Iglesia, el gran dia de Ramos, ó la explosion súbita de las aclamaciones del antiguo pueblo de Israel."

¿Qué será esto, Dios Santo? será un anuncio profético de que ya se retira la vida de los miembros del cuerpo y corre á consentrarse en el corazon? ¿Será que, cansado Jesucristo de la necia ingratitud de las naciones por él adoptadas, les retira su gracia y vuelve su amoroso rostro hácia el pueblo de su eleccion? ¿Será que no pudiendo faltar adoradores sobre la tierra á Jesucristo, Dios, pues no le faltaron ni en el desamparo del Calvario, siendo así que allí junto á su Cruz le adoraba la Criatura cuyos cultos superan inmensamente á los de todos reunidos espíritus celestes y terrestres; los

de la Criatura única digna de decir: "mi alma engrandece al Señor;" será, repito, que no pudiendo faltar de la tierra el tributo de amor al Señor Soberano, vuelva la espalda á las pérfidas naciones que se lo niegan, y reciba en olor de suavidad el de los contritos judíos?

¿Será.....? nó; soseguemos el ánimo los hijos de las naciones, pues ya hemos visto que contamos con una Libertadora que no faltará á su mision. No nos preocupe el temor de que la conversion de los judíos á Jesucristo sea signo de nuestro alejamiento de El, cuando el ardiente patrono de Israel nos dice con San Pablo, que "si la reprobacion de los judíos fué riqueza para el mundo, su conversion la aumentará; que si la perdicion de aquellos vino á ser salvacion del mundo, su rehabilitacion será para éste un retorno de la muerte á la vida." ¡Desechemos, pues, un temor que trae su orígen del egoismo, y abramos paso franco á nuestros hermanos primogénitos, para que vengan á descansar de su larga peregrina-

cion en la casa de nuestro comun Padre!

Es verdad que la conversion de los judíos será un signo indudable de aproximarse los últimos dias, supuesto que ella tendrá lugar hasta que haya entrado en la Iglesia la plenitud de las gentes: *Cœcitas in Israel donec plenitudo gentium intraret*, dijo San Pablo en su carta á los romanos: es decir, cuando se haya predicado el Evangelio á todas las naciones, y entónces vendrá el fin, *tunc veniet consumatio*, se lee en S. Mateo. Sin embargo, hemos visto afirmar á S. Pablo que la conversion de ese pueblo será para el mundo un retorno de la muerte á la vida, concepto que importa duracion y no conclusion, y en el cual se funda precisamente el Sr. Abate Lemann para decirnos: "Cristianos, no tengais miedo de nuestra conversion, porque no llevarémos en las manos ramas de ciprés para anunciar el fin del mundo, sino palmas como en el dia de Ramos, para anunciar un positivo renacimiento del mundo."

¡Cómo explicar entónces la contradiccion

aparente de que aquel acontecimiento plausible sea renacimiento del mundo y sin embargo, nuncio de su fin! Fijémonos en el significado de esta frase: "la conversion de los judíos," y la dificultad desaparece. ¿Qué dicen estas palabras de pronunciacion fugaz pero cuya trascendencia es de extension indefinida? ¿Pues qué, la conversion de los judíos será un ímpetu instantáneo de contricion de todo el pueblo, que le lleve al paraíso con la prontitud que llevó á Dimas su dolor? No, esto lo hace el Señor rara vez con algun individuo, pero no es ese el sistema ordinario de su Providencia ni para con éstos ni para con las colectividades. El reino de los cielos padece violencia y se alcanza á fuerza de constancia en la prueba. En el caso lo estamos mirando; de treinta años acá data, segun el autor, el movimiento de conversion, y apénas se halla en estado inicial.

Así es que aunque sea, como es verdad, que el retorno de Israel á su Mesías tendrá lugar en la última época del tiempo, se

puede sin temeridad congeturar que esta época se dividirá en dos períodos, el primero de duracion larga no conocida, y de corta relativamente el segundo, á la que pondrá término la venida del fin. En el primero de esos períodos tienen que reparar los judíos el espantoso escándalo que vienen dando al mundo siglos tras siglos, y dar las pruebas de su sincera conversion, repitiendo de unas en otras de sus generaciones los hechos del cristianismo. Trace quien pueda, pues el que esto escribe no osará ni intentarlo, trace quien pueda el cuadro inmenso de lo que tiene que hacer el pueblo judío contrito para lavar su crímen deicida. Baste asentar, por lo que hace al propósito de estas líneas, que todo lo que debe hacer pide largo, muy largo, trascurso de tiempo.

Reflexionemos en que repetidas veces fué anunciada por el Pontífice de la Inmaculada Concepcion la vuelta de la paz á la Iglesia; esta paz ha de preceder al último y más recio combate que ella haya sostenido, y despues del cual ya no habria paz del

tiempo, sino que entrará en posesion de la paz eterna; la prometida por Pio IX vendrá, porque la boca de aquel santo fué profética; ¿cómo no ha de venir, cuando la Iglesia tiene que celebrar no en las tristezas de la guerra como lo ha hecho hasta aquí, sino en los gozos del triunfo el glorioso dogma de la limpieza original de María? Esa paz no será de un dia, porque la mano de Dios no se encoge al derramar sus dones; será larga, muy larga; vendrá á tiempo de obrarse lentamente la suspirada conversion de los judíos, y de consiguiente no debemos temer sea ésta el anuncio de que ya viene ahí el Juez de vivos y muertos.

Concluido ese primer período de la época final que estamos considerando, llegará su turno al último, y entónces sí temerán con sobrada razon los habitantes de la tierra que huyan de contaminarse del espíritu satánico que la denominará; esos serán los dias en que desaparecerá la fe casi del todo, como lo anunció el Señor por San Lúcas (XVIII, 8); esos los de la tribulacion cual nunca fué

ni será, de que habla San Mateo (XXIV); los de aquellos enemigos de Dios que darán tales señales de poder y obrarán prodigios capaces de inducir en error áun á los escogidos, si esto fuera posible; los dias, finalmente, de que habla San Pablo en su carta 2ª á los Tesalonicenses, "cuando sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdicion; el cual se opone, y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, ó que es adorado, de manera que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios."

¿Cuál será, en lo general, la conducta de los cristianos en esos dias de amarguísima prueba? Lo sabemos infaliblemente; prevaricarán é irán marcados con el signo de la bestia, supuesto que "el Hijo del Hombre no encontrará fe sobre la tierra, cuando venga á juzgarla." ¿Cuál será en esos dias de general defeccion la conducta de los judíos convertidos? Se puede congeturar que la mayoría de ellos formará esa porcion de escogidos cuya caida es imposible, porque

en esa sobre todas espantosa persecucion que sufrirá la Iglesia, les llegará la oportunidad de dar, con el martirio, la mejor prueba de su sincero arrepentimiento y de su vehemente contricion; saldarán entónces la deuda que tienen viva. Todas las razas, todos los pueblos cristianos han contribuido voluntariamente con el tributo de su sangre á dar el testimonio de que habló Nuestro Señor Jesucristo al presidente romano, el testimonio á la verdad; faltaba el de la sangre del pueblo judío, y la dará gozoso para lavarse de la negra ingratitud con que se manchó en el Calvario.